

PARA AFIRMAR SU INEXISTENCIA

(Segundo Lugar)

Por Francisco Amparán Hdez.

Ahí estaba o había estado un momento antes. Creía moviéndose en las sombras de la madrugada, sobre las cortinas de la ventana que da al jardín. Encima del trofeo del torneo de futbol tercer lugar o entre la cabellera del poster de George Harrison. La boca se reseca más y más, pidiendo agua, pero Alejandro no podía satisfacerla. El baño estaba a unos pasos de distancia, sólo era cuestión de levantarse y caminar unos metros. Pero era imposible. El terror no lo dejaba efectuar los movimientos. El súcubo rondaba por el cuarto, y él lo sabía. Estaba ahí como todas las noches de cruda, burlándose de él, haciéndole sentir su presencia malévol, diciéndole que no estaba solo, que su fuga no era ni con mucho completa. Un parpadeo y lo sentía moverse, esta vez hasta el pie de la cama. Alejandro permaneció inmóvil, con las manos apretando fuertemente las sábanas y los pies cruzados, esperando que le hablara, que dictara la sentencia. Otro parpadeo y el súcubo no estaba ahí. La mano derecha soltaba la sábana y hacía un milímetro movimiento en dirección a la lámpara del buró, pero cejaba una y otra vez. ¿Y si encendía la luz? ¿Podría sorprenderlo? Nunca lo pudo ver hasta ahora, jamás había distinguido sus rasgos. Era ángel o demonio. El súcubo sólo se dejaba adivinar como una sombra, eterna acompañante de sus madrugadas frías, despiertas, con un sabor a cobre en la lengua y un barniz de mierda en el paladar. Ahora estaba a su lado. Sintió su aliento sobre la oreja. Alejandro no volteaba. Temía toparse con una cara maligna o llena de bondad, que le estaría viendo con una sonrisa sarcástica o lánguida. Esperó. No pudo ver el reloj que estaba sobre el buró. No quería oír tampoco el tic tac; una risotada se escuchaba repentinamente, risotada que se cortaba en seco, a mitad de una sílaba o una letra. Se cortaba como las canciones al final de un cassette: de un tirón, sin lógica alguna. Simplemente se desvanecen. Así era la risa del súcubo.

La mañana aparecía como un alivio. Apenas se adivinó el primer rayo de luz matutina, Alejandro pudo respirar tranquilo. El súcubo se había marchado. La calma, la casi alegría era la misma en las mañanas de las madrugadas en que el súcubo lo visitaba. Por fin podía ir al baño y beberse tres vasos de agua seguidos. Por fin mearía a gusto, sin temor. El sol aliviaba sus angustias, como lo hacían después la llave del agua y el excusado.

Después de vestirse, la rutina era la misma, hubiese sido como fuera la noche anterior: el desayuno, murmuraba dos o tres palabras a su mamá —que había amanecido de mal humor porque los tubos no podían lograr el milagro de hacerla parecer diez años más joven— o a su hermana, que de vez en cuando le pedía la sal, la azúcar, y ocasionalmente la miel cuando eran hot cakes. Después cargar de mala gana los libros e irse caminando a la prepa. Comprar dos o tres cigarros sueltos con don Ciri, el dulcero de la esquina de la escuela. Saludos a dos tres cuates y sentarse en la misma banca, al fondo del salón, donde no lo puedan herir las idioteces de los tipos que estaban junto al pizarrón. Primera hora. Oír al super aburrido maestro de matemáticas explicar que la ecuación ésta esto y que la otra ecuación esto otro; esperar con impaciencia la hora de inglés y poder observar plácidamente cómo resbalaba la falda y dejaba buena parte de los muslos de la miss, muslos rosados, firmes. Ver cómo movía sus tetas agradables lascivas mientras hablaba sin que él entendiera una sola palabra. La consecuente y usual erección se desplomaba estrepitosamente a la hora siguiente en la soporífera clase de filosofía con aquel maestro de la corbata raída y carilla de ratón, diciendo mamada tras mamada que a su vez habían dicho otros tipos de hacía siglos. Lo insoportable de la escuela era para él eso: la falta de sentido, el no hallar una explicación para su presencia ahí, para la presencia incluso de los profesores. Después de filosofía se iba afuera a intercambiar inconsecuencias —sus vidas inconsecuencias al fin— con sus cuates, ahí con don

Ciri. Ver pasar a las muchachas, las feas, las bonitas, todas moviendo mucho las nalgas, llamando la atención de él y sus amigos, siguiendo el ritmo oscilante, hipnótico, absorbedor. Vuelta a la casa. La comida, solo. La mamá con las amigas. El papá, en el trabajo.

La tarde era la parte más importante del día para él. Pasaba Ramón en el carro y se iban a recoger a los demás. Buscaban qué hacer: un partido de futbolito o buscarse unas gatas para cachondear. Cuando no había ninguna cosa más, casi siempre terminaban en lo mismo: ir al parque con el "Mantecas" a comprarle dos o tres carrujos, o al expendio, a mercar un *six packet*. Ahí encontraba Alejandro su realización, el calor interno que le faltaba en su casa y en la escuela. Era él, el individuo, no el grupo, era él y sus inconsecuencias, no "mi hijo adorado" y "un ser humano" como decían su madre y el cara de ratón. Sabía que, sin embargo, aquello no era perfecto. Esa noche, algo rondaría por su cuarto. Su papá llegaba tarde de la oficina, quejándose del jefe, del trabajo, del papeleo, y una señora latosa que estuvo jodiendo toda la tarde, otra vez del jefe... la misma canción todos los días. Cena, ver algo de la tele, los deportes del programa de Zabłudovsky y luego —ni siquiera ve al Loco— se va acostar. La esposa fiel a sus tubos y a su esposo, lo acompaña, quizá con la esperanza de un requiebro de cuarentones. Su hermana se va al cuarto y hace ejercicios para que le crezca el busto. El, generalmente ignorado, sólo notable cuando llegaban las calificaciones nulas a la casa, también se retira a dormir.

Si la tarde fue de carrujo, de humo claro, diáfano, de volutas grisáceas, o de cinco cervezas de más, aparece el súcubo. Como entra, por qué resquicio se cuele a la habitación, a los sueños, al estercolero de la mente de Alejandro, eso nunca lo supo ni lo sabrá. De repente despierta en la madrugada, con la boca seca y el estómago revuelto, con el paladar amargo o la vejiga llena, y siente la sombra, sus movimientos de aquí para allá, dándose la vuelta por el cuarto, pasando por debajo de la cama o sentándose encima de la lámpara. Creía sentir su respiración, a veces cálida, a veces gélida. El súcubo rondaba por la noche entre sus ropas y los cajones y el bigote de Jimmy Hendrix que colgaba de la cabecera. Y Alejandro no se movía. Siempre estuvo solo con el súcubo, pájaro o demonio. Nunca trató de hablarle, de espantarlo, de rogarle que lo dejara en paz. Simplemente se quedaba inerte, y así pasaba las horas, hasta que el sol traía el descanso a su mente a su estómago y a su vejiga.

Una madrugada fue particularmente horrible. Creyó que le estaba tocando los pies. Un terror sobrehumano bestial, lo paralizaba. Permaneció inmóvil, como siempre, pero luego se puso a temblar incontrolablemente. El súcubo se encaramó a la cabecera y le mesó los cabellos. Alejandro cerraba los ojos y sentía sus uñas rozándole la piel; sus uñas, de espíritu o carne.

Al primer rayo de sol, el súcubo se había ido, como siempre. Alejandro se incorporó del lecho y tomó dos vasos de agua, orinando después casi un litro. Luego fue a la alacena, donde los cachibaches familiares se apilaban en montones de polvo y memorias inútiles. Abrió la puertecilla; al fondo se encontraba un envoltorio negro. La alternativa. Sacó aquello y quitó el papel parsimoniosamente. Aún ahí la pistola de su papá, cargada. Caminó hasta el recibidor y se paró frente al espejo. Su imagen aparecía en él terriblemente demacrada; en las comisuras de los labios se dibujaban unas pequeñas trazas blanquecinas, y dos lagañas intentaban abandonar definitivamente sus ojos. Alejandro notó esto y muchas cosas más. Vio su imagen, su persona, más que ninguna otra vez, percibió más formas, más colores. La pistola estaba al segundo siguiente en la sien derecha. Un estampido llenó el recibidor, la nada retumbante. La imagen del espejo soltó una chispa de sangre de la sien izquierda. Se fue desvaneciendo lentamente, borrándose como diluida con ácido. La imagen desapareció finalmente, quedando vacía la luna del espejo.

Alejandro suspiró aliviado.